

Personaje en Opendoor y Paraísos de Iosi Havilio: la tensión entre analogía y digitalidad en la construcción de una subjetividad opaca

Marcela García

Colegio Nacional “Rafael Hernández”. UNLP

Susana Souilla

Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP

“Por un lado lo abyecto nos confronta con esos estados frágiles
en donde el hombre erra en los territorios de lo animal”.

Julia Kristeva

Todo personaje es una criatura de discurso, el soporte de las acciones en una narración y, como sostiene Bajtín, es una totalidad producto de la enunciación. Si bien la concepción de personaje está ligada a la concepción de persona y puede producir un efecto de persona, también es cierto que es una construcción que se agota en el marco del universo lingüístico y, como lectores, no podemos pensar en la vida o experiencias del personaje, más allá de los límites del texto literario que lo incluye.

Según Frank Baiz Quevedo que ha historiado los modos de representación de los personajes, podríamos considerar dos grandes procedimientos en su construcción: por un lado la mimesis que apuntaría a producir un efecto de semejanza con lo que consideramos persona, una suerte de ilusión de realidad, y, por otro, el personaje pensado como el resultado de operaciones lingüísticas que seleccionan rasgos

significativos en pos de un efecto narrativo. En el primer caso tenemos personajes concebidos por analogía, y en el segundo caso se trata de un proceso que Quevedo denomina digitalización.

Una de las oposiciones que este autor reseña es el par coherencia-incoherencia. Los personajes coherentes son los que no exhiben contradicciones, y por lo tanto manifiestan una unidad en tanto constancia de determinadas isotopías textuales, y los incoherentes son los que presentan cambios o escisiones.

En este sentido la protagonista de las novelas *Opendoor* (2009) y *Paraísos* (2012) de Iosi Havilio, se nos presenta como una mujer extraña, pero manifiesta una coherencia ya que exhibe rasgos, modos de hacer y de relacionarse que se mantienen relativamente constantes a lo largo de las novelas. Podríamos llegar a cuestionar quizás su coherencia psicológica en términos de “persona” es decir, podríamos preguntarnos, por ejemplo, si es posible centrarse en un casi puro presente como lo hace la protagonista de estas historias, sin embargo, al interior de las mismas, no tiene fisuras. Hay una recurrencia de isotopías que edifican la coherencia textual. En todo caso, advertimos en la construcción de este personaje una tensión: por un lado, el lector puede sentirla como extraña al confrontarla con la idea general de persona que podría tener y al mismo tiempo considerarla familiar y cercana, ya que el relato detalla sus necesidades cotidianas y físicas -conseguir trabajo, alojamiento, comer, vestirse, tener sexo, masturbarse, sentirse cansada, ver cómo se las arregla para dejar a su hijo con alguien si tiene que salir-. De modo que lo extraño de este personaje surge del lugar en el que se tensan lo cotidiano, lo inmediato real por un lado -la palpable vida del campo o la calurosa vorágine de Buenos Aires- y, por otro, el casi perfecto desapego de lazos afectivos, recuerdos y deseos, en un error sin objeto que hace que la mujer que protagoniza estos relatos tenga algo de abyección, si seguimos los conceptos de

Kristeva: “(...) aquel en virtud del cual existe lo abyecto es un arrojado (*jeté*), que (se) ubica, (se) *separa*, (se) sitúa, y por lo tanto *erra*, en vez de reconocerse, de desear, de pertenecer o rechazar” (1988:16).

A pesar de que llamativamente la trama se nutre de referencias constantes a una realidad verificable y descripta con precisiones y detalles -Luján, la colonia Opendoor, La Boca, el Zoológico de Buenos Aires-, anclar este personaje en lo verosímil genera cierta incertidumbre por su arquitectura prácticamente desprovista de características físicas, y limitada sólo a algunos rasgos: es una joven que estudió veterinaria, trabaja como empleada en una veterinaria en la primera novela, se va vivir al campo con un cliente y, cuando vuelve a la ciudad, ya en la segunda novela, trabaja en el zoológico. No tiene un nombre y no hay ninguna referencia a su historia familiar o a cualquier dato de su pasado. El personaje surge, entonces, de una cierta analogía pero sobre todo y al mismo tiempo de una digitalización. En este sentido, advertimos que la configuración de la protagonista está dada por la selección de ciertos aspectos que a su vez parece implicar la estricta abolición de otros. Y es en esta abolición de rasgos que, creemos, radica lo que hace de esta criatura literaria un ser inquietante: “Nunca voy a acostumbrarme a los ruidos del campo. No son tantos y sin embargo tan precisos. Siempre revelan algo. Y esconden todo lo demás.”(*Opendoor*, 108). Podemos considerar esta reflexión de la protagonista sobre el espacio como una definición de sí misma, en el sentido semiológico que plantea Philippe Hamon (1991) en cuanto a cualidades intercambiables con las del medio.

Los contactos humanos no están fundados en la ilusión o el deseo, sino en la inercia o en la atracción física en presencia. Experimenta atracción por Aída, por Eloísa o por Iris, quizás por Jaime, incluso por Tosca, o mejor dicho por el tumor que habita y crece en ella, pero cuando ellos salen de su campo visual -ya sea por el alejamiento o la

muerte- la vida sigue y no vuelven a ser nombrados, en una suerte de construcción de una rara y no deliberada utopía: ser libre de los otros, de los afectos, de los valores, de los consensos y de las necesidades construidas socialmente. La protagonista es solicitada (para el sexo, el amor, la ayuda) pero ella no solicita. Está en Buenos Aires en el inicio de la historia, debe ir al campo por razones laborales, y a partir de ese momento deambula indolente a través del entramado narrativo casi sin registro de sí misma en cuanto a sus deseos, ambiciones, preferencias, pensamientos o posturas acerca de la realidad o de su propia vida, ni de las razones o propósitos de cada uno de sus actos. En este desplazamiento ciudad-campo-ciudad, vive con Jaime, nace el hijo que concibe con él, conoce a Eloísa con quien tiene una serie de encuentros sexuales, pero en ningún caso estos vínculos resultan producto de un deseo o de una búsqueda de compañía, sino que se le presentan como posibilidades en las que ella sólo se deja llevar, haciendo o acatando cada nueva experiencia como resultado de un anodino existir, sin proyectos ni temor por lo que podría sucederle en el futuro. Cuando finalizan esos vínculos, no se cuestiona su ruptura. La relación que tiene con Aída, y que acaba con la confusa muerte de ésta, no genera en el personaje más que algo de curiosidad y algunas molestias por las numerosas veces que es llamada para reconocer cuerpos en la morgue. Y luego de la pérdida de Jaime sólo se hace una breve referencia a su desaparición física y a las dificultades que se le generan día a día en el plano material de la existencia, como por ejemplo que el techo de la casa en la que vivía con él no podrá ser reparado o la falta de los brazos de Jaime para hacer funcionar la bomba de agua.

De esta manera el lector es interpelado por la ausencia de lo que es obvio: ¿podría una persona sostenerse en la suspensión de los recuerdos y los deseos? La novela crea la verosimilitud de esta posibilidad extraña: las pocas veces que la protagonista manifiesta un ir hacia las cosas –aunque impulsivo y no meditado- es

cuando se apropia en la calle del libro de los animales, de la iguana en el zoológico, y del libro sobre colonia Opendoor que cuenta la historia de los internados que viven a su manera en la total suspensión de las reglas y a merced de su propia inercia en libertad.

Una consideración especial merece el lenguaje de la protagonista que exhibe un tono que introduce las otras voces como ajenas, separadas de la voz propia con un habitual “así dice”. De esta manera esas voces no se integran y sus discursos aparecen como cuerpos extraños creando el efecto de un personaje cuya voz no está atravesada por el otro. La mujer de esta novela está entre los otros y no con ellos, no hay interacción. En ese uso del lenguaje, ella prefiere callar a decir, permanecer al margen de cualquier juicio: lo que hacen los demás nunca le suscita comentarios a favor o en contra, no hay casi juicios de valor o afectivos. En este sentido la novela se plantea como la posibilidad de la abolición de la toma de posición, aunque paradójicamente esto mismo ya sea una toma de posición. La sencillez y claridad del decir contrastará con la opacidad por lo que no exterioriza, aspectos que motivan la perplejidad de Sarlo que siente esta novela como “salida de la nada”.⁹⁶⁷

En el mundo narrado lo animal es una constante no solamente por la referencia a las especies con las que la protagonista entra en contacto cuando trabaja en el zoológico, sino también por el lenguaje para describir a las personas: escamado de la piel, similitud con reptiles, el muchacho con nariz de cerdo, el dormir como cachorro de Simón, el hacer el amor “a lo bestia” de Jaime. Los seres que rodean a esta mujer parecen salidos de un muestrario de seres vivientes en sus diversas variedades, una suerte de bestiario.

Por otra parte, el embarazo y la crianza de Simón son aceptados por la protagonista con una inercia que parece venir de lo instintivo. Su maternidad carece de los atributos culturales: plantearse el futuro de su hijo Simón, pensar en su educación,

⁹⁶⁷ Beatriz Sarlo, sobre Opendoor: “Esta novela es algo que me sorprendió. No obedece a ningún sistema de lectura, parece salida de la nada”. Citado en la bibliografía.

verlo como su propia proyección o compartir cosas con él. Ella no le enseña a Simón, no lo educa ni juega con él. Simón hace su vida y a veces ella lo observa.

La ausencia de rasgos culturales también se advierte en la falta de parámetros axiológicos en sus acciones: cuando se arrepiente por el robo de la iguana, no es por cuestiones morales sino por cierta resistencia a tener que dar explicaciones. Del mismo modo la vacilación para participar del robo que le propone Eloísa no se explica por reparos éticos sino por la indolencia, así como cuando acepta acompañarla es un dejarse llevar.

A modo de conclusión, una lectura posible de estas novelas sería considerarlas como la apuesta de construir una mirada no mediada por los criterios axiológicos, es decir, próxima, en términos de Kristeva (1998), a lo abyecto, en tanto suspensión de la norma de un personaje que erra por inestables paraísos de intensidad presente. Pensamos que en este vivir el presente estaría una de las claves para interpretar lo que connotan los títulos. Si bien en un sentido inmediato *Opendoor* alude a la colonia donde los internos viven en libertad como también al lugar donde vive la protagonista con Jaime, y los paraísos son los productores de los “venenitos” que intoxican a Simón, podemos interpretar en ambos títulos una referencia a momentos de la vida que valen en sí mismos, cada uno en su absoluto presente. Cada instante vivido al margen del pasado y del futuro, al margen de cualquier atadura –familiar, institucional, de amistad, de prestigio, etc.- es un paraíso de puertas abiertas, que encierra también su lado oscuro, una honestidad pura en su misma brutalidad animal.

Bibliografía

- Bajtín, M (1982). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
Quevedo, F. B. (2004). *El personaje y el texto en el cine y la literatura*”. Comala: Fundación Cinemateca Nacional.
Hamon, P. (1991) *Introducción al análisis de los descriptivo*. Buenos Aires: Edicial.

Havilio, I. (2009) *Opendoor*. Buenos Aires: Entropía.
Havilio, I. (2012) *Paraísos*. Buenos Aires: Mondadori.
Kristeva, J. (1988) *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis- Ferdinand Celine*. México: Siglo XXI Editores.
Sarlo, B “Sobre apellidos y adjetivos”. Entrevista de Tomás Maximiliano. Diario Perfil, 03-06 2007. http://www.perfil.com/contenidos/2007/06/03/noticia_0021.html